

tos condenan la propiedad como un vicio: los monjes hacen voto de pobreza; los más perfectos entre los perfectos renuncian hasta á la propiedad en comun, y ven la perfeccion en la mendicidad. En este punto tocamos al extravío del espiritualismo cristiano: lo que es una virtud para los sectarios del Evangelio, es un delito á los ojos de la sociedad láica. No se diga que el cristianismo es ajeno á estos excesos, porque la predicacion y la vida de aquél á quien los fieles adoran como Hijo de Dios, es lo que ha extraviado á sus discípulos.

## III.

Tales son los ataques que los libres pensadores dirigen á la moral cristiana. Todo lo que dicen es la expresion de los sentimientos y de las ideas de la humanidad moderna. Se los acusa de haber destruido la moral. Han destruido efectivamente una moral, la moral del espiritualismo cristiano, moral extravagante, cuyo resultado directo es la locura del monaquismo. ¿Quiere decir esto que hayan rechazado toda moral? Para predicar semejante doctrina, hubiese sido necesario que los incrédulos hubiesen sido más locos que los santos de la Tebaida. Diderot ha escrito estas hermosas palabras: «Hay que ser virtuoso, ó renunciar á ser grande» (1). Y ¿qué entiende por virtud? «Bajo cualquier forma que se la considere, responde, es un sacrificio de sí mismo.» La más sangrienta censura que dirige á Laharpe y á los que se le parecen es el egoismo: «No sienten latir nada, dice, en su costado izquierdo» (2). No nos empeñemos por otra parte en buscar en un artista un sistema de moral, sobre todo cuando este artista hace alarde de materialismo. Pero al ver aquel materialista que consagraba su vida á sus amigos, al compararle con los Laharpes modernos, gentes muy espiritualistas, pero tan frias y tan egoistas como su modelo, nos asaltan deseos de exclamar: ¡Dios nos dé materialistas como Diderot!

Los contemporáneos de Diderot han hecho ya observar que era

(1) DIDEROT, *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Neron.*

(2) IDEM, *Misceláneas de literatura* (Obras, t. I, p. 601, 743).

espiritualista á pesar de su filosofía: «Defensor apasionado del materialismo, dice Grimm, era idealista por su manera de sentir y de existir, lo era á su pesar y por el ascendiente irresistible de su carácter.» Admira, cuando se hojean los escritos de este materialista de profesion, encontrar en ellos una moral tan pura como la de los más severos filósofos. Escuchemos lo que dice de la lucha del vicio y de la virtud en nosotros: «El corazón del hombre se encuentra unas veces sereno, otras cubierto de nubes; pero el corazón del hombre de bien, semejante al espectáculo de la naturaleza, es siempre grande y bello, ya esté tranquilo ó ya esté agitado. El hábito de la virtud es el único que puede contraerse sin temer el porvenir. Pronto ó tarde, los demas llegan á hacerse importunos. Cuando ceden las pasiones, empiezan la vergüenza, el enojo, el dolor. Entónces da miedo mirarse á sí propio. La virtud se contempla siempre á sí misma con complacencia. El vicio y la virtud trabajan sordamente en nosotros: no están ociosos un momento; cada cual mina por un lado; pero el malo no se ocupa en hacerse malo, como el hombre de bien en hacerse bueno: el partido que ha tomado, que es el de no hacer nada por sí, es el más bajo de todos. Proponeos un fin que pueda ser el fin de toda vuestra vida.» Si los ungidos del Señor hicieran sermones como este, creemos que sus oyentes no perderian nada.

Este predicador ateo predica tambien la caridad y la justicia. Hé aquí los consejos que da una princesa á su hijo: «La prosperidad os hará bueno, pero la adversidad os hará grande. Si hay grandeza en ser un hombre sereno, es en el momento en que los azares se amontonan sobre su cabeza. Haz el bien y piensa que la necesidad de los acontecimientos es igual para todos. Sométete á ello y acostúmbrate á mirar del mismo modo el golpe que hiere á un hombre y lo derriba, que la caída de un árbol que rompiese su estatua. Eres mortal como otro cualquiera, y cuando caigas, un poco de tierra te cubrirá lo mismo que á otro cualquiera..... *En todas tus obras ten siempre presente el último momento, aquel momento en que la memoria de los hechos más brillantes no valdrá tanto como el recuerdo del vaso de agua dado por humanidad al que tentó sed.*»

Bossuet usaba un lenguaje más pomposo, más magnífico, pero

ciertamente no decía nada mejor. Diderot, aunque fatalista por sistema, recomienda la justicia á la vez que la caridad: «Si queremos cumplir nuestros deberes respecto de los demás hombres, seamos justos y benéficos; la injusticia, ese principio fatal de los males del género humano, no aflige únicamente á los que son sus víctimas; es una especie de serpiente que empieza por desgarrar el seno que la abriga. Nace de la avidez de las riquezas ó de los honores, y produce á la vez un gérmen de inquietud y disgusto. El hábito de la justicia y de la benevolencia, que nos hace felices principalmente por los movimientos de nuestro corazón, aumenta nuestra felicidad por los sentimientos que inspire á los que nos rodean» (1).

D' Holbach ha exagerado el ateísmo de Diderot: su alma no era bastante capaz para contener el Dios infinito que Diderot veía hasta en los ríos y en las piedras; pero tenía el mismo sentimiento de humanidad. Para él el ateísmo es una verdadera religión, si estas palabras pueden ir juntas. ¿Qué es la piedad según él? Es servir á su patria, ser útil á sus semejantes, observar las santas leyes de la naturaleza; es ser humano, equitativo, benéfico, razonable y sensato; ahora bien, el ateo es capaz de todas estas virtudes, y por consiguiente, de piedad. En el mismo libro en que predica el ateísmo con el fervor de un devoto, hace hablar á la naturaleza del modo siguiente: «Escuchemos la voz de la naturaleza: ¿qué nos dice? Enjuga el llanto de la inocencia oprimida, acoge en tu seno las lágrimas de la virtud y del dolor, ábrase tu honrado corazón al dulce calor de la amistad sincera, hágate olvidar las penas de la vida la estimación de una compañera querida; sé fiel y dulce, aprendan los hijos la virtud de sus padres unidos y virtuosos; sé justo, porque la equidad es el apoyo del género humano; sé bueno, porque la bondad sojuzga todos los corazones; sé indulgente, porque tú mismo eres débil y vives con seres tan débiles como tú; sé dulce, reconocido, modesto, perdona las injurias, vuelve bien por mal; sé circunspecto, templado, casto; sé buen ciu-

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la Historia de la filosofía en el siglo XVIII*, t. I, p. 315, 317.

dadano; en una palabra, sé hombre, sé un ser sensible y racional» (1).

Podríamos citar muchas páginas del *Sistema de la Naturaleza*, en las que el ateo predica todas las virtudes posibles; si el estilo del autor tuviese el atractivo del de Diderot, nos hubiéramos impuesto el deber de transmitir las para edificación de nuestros lectores. Lo que hemos dicho basta para justificar á d' Holbach del necio cargo de inmoralidad que se le dirige. Él mismo ha resumido su moral en una palabra: *la humanidad*. «La verdadera filosofía, dice, debe tener por principio el amor de los hombres, el deseo de verlos felices, la pasión por la gloria que resulta de contribuir á su instrucción y á su dicha. La *filantropía* debe, pues, animar á todo hombre que se precie de amigo de la sabiduría» (2). Define al *hombre virtuoso*, «aquel cuyas acciones tienden constantemente al bienestar de sus semejantes.» Lo que caracteriza esta virtud es un completo desinterés, aunque aparentemente está fundada en el interés. D' Holbach, el ateo, ha escrito estas hermosas palabras: «La virtud no es más que el arte de hacerse feliz á sí mismo con la felicidad de los demás» (3). ¡Dios nos dé ateos como d' Holbach en medio de cristianos como los que abundan en nuestros días!

Llegamos á un carácter distintivo de la moral de los libres pensadores. Se los acrimina por negar la inmortalidad del alma, y nosotros no vamos ciertamente á defenderlos. Pero es preciso confesar que su error ha sido benéfico en la esfera de la moral. ¿Qué es la moral cristiana? Diderot la define en dos palabras, diciendo que los devotos *hacen un préstamo á Dios al tanto por ciento* (4). No sería en efecto mala especulación, si, mascullando sus oraciones y comiéndose su Dios, ganasen el cielo: una felicidad infinita y eterna comprada á tan corto precio, sería lo que se llama una ganga. Evidentemente Dios saldría engañado. Pero ¿es posible engañar á Dios? ¿Y cómo ha de recompensar con la celeste bienaventuranza virtudes y prácticas viciadas en su esencia por el cálculo? En verdad los ateos, los materialistas, merecen el cielo mu-

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la Filosofía del siglo XVIII*, t. I, p. 175, 180.

(2) *Sistema social*, 1.<sup>a</sup> parte, c. XVI.

(3) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 145, 344.

(4) DIDEROT, *Diálogos de un filósofo* (*Obras*, t. I, p. 204).

cho mejor que los más devotos entre los devotos, porque, si hacen el bien, lo hacen sin esperanza de recompensa; si se abstienen del vicio, lo hacen sin temor del infierno. El ateísmo y el materialismo del siglo XVIII han contribuido á desterrar de la moral el cálculo; por este concepto merecen aplauso los libres pensadores. Lo merecen tanto más cuanto que han predicado con su ejemplo y que su vida ha estado en armonía con su doctrina.

Debemos detenernos un momento en el error capital de los incrédulos: á nuestro parecer, éste es su opinion acerca de la mortalidad del alma, mucho más que la negacion de Dios, porque su ateísmo es una falsa noción de Dios, más bien que la negacion de Dios. Pero la inmortalidad del alma no admite estas distinciones; en no admitiéndola, se incurre decididamente en el materialismo, y en este desgraciado sistema, la moral no tiene fundamento firme. ¿Cómo es que espíritus tan elevados como Diderot, almas tan amorosas como d'Holbach y Helvecio, han abandonado una creencia que constituye la fuerza y el consuelo así de los sabios como de las gentes sencillas? Generalmente se achaca este resultado á su falsa doctrina: es un medio inocente de desacreditar toda la filosofía. Hay una explicacion, ménos agradable á los ortodoxos, pero más verdadera, y es que los libres pensadores no podian admitir la creencia cristiana de la vida futura; y su repugnancia contra todo lo que se llama dogma les impidió admitir otra concepcion que estaba naciente en el siglo pasado, la de una vida permanente, infinita, progresiva, pero siempre individual.

Los libres pensadores no veían en el infierno y en el paraíso más que quimeras inventadas para turbar la razon humana y subyugarla por medio de la impostura: «Son fantasmas, dice d'Holbach, de que se sirven para seducir y alarmar á los mortales.» Acabamos de decir que la creencia en una vida futura es un consuelo. Los incrédulos dicen que esto no es cierto en el dogma cristiano y tienen razon; más bien es un tormento: «Dios, continúa d'Holbach, no da sus gracias sino á quien tiene por conveniente, en lugar de dejar que dependa de nosotros el condenarnos, y la vida más pura no nos da la seguridad de alcanzar el paraíso. De buena fe, ¿no es preferible el aniquilamiento total de nuestro sér al peligro de caer en manos de un Dios tan temible? ¿No vale

más la nada que la perspectiva de la eterna condenacion que espera á todos los hombres, puesto que son tan pocos los escogidos? ¿No se nos dice todos los dias que para un hombre que se hace digno de la felicidad eterna, hay millares que han de condenarse?» Y ¿qué es esa felicidad eterna que el cristianismo promete á sus elegidos? No se ha dicho nunca en qué consiste; hay más, es imposible concebirla; para dárnosla, tendria que empezar Dios por cambiar nuestra naturaleza de seres finitos; miéntras seamos lo que somos, criaturas, no somos susceptibles de una felicidad infinita, ni de una desgracia infinita (1).

De la quimera del cielo y del infierno del cristianismo deducen los incrédulos que es una supersticion imaginada por los sacerdotes, como tantas otras, para explotar la credulidad humana. Ninguna les ha sido más provechosa que ésta: «El dogma del infierno ha sido el fundamento del poder de los sacerdotes, la fuente de sus riquezas y la causa permanente de la ceguedad y de los temores en que su interes ha querido educar al género humano. Por este dogma el sacerdote se convirtió en émulo y señor de los reyes. El monarca temporal se vió obligado á humillarse bajo el yugo del monarca eterno: aquél no dispone más que de los bienes de este mundo perecedero, éste extiende su poder hasta un mundo futuro, más importante para los creyentes que la tierra, en la cual no son más que peregrinos y pasajeros.»

¿Si al ménos el dogma del infierno fuese, como se pretende, una valla para los malos, si los separase del vicio y del crimen! Léjos de esto, vicia la moral. ¿Qué abuso no hacen los sacerdotes de la vida futura! Prometen el cielo á los buenos, pero encuentran medio de dar también cabida en él á los malos: «Los ministros de la religion dan á los hombres más malos medios de apartar de su cabeza los rayos y alcanzar la felicidad eterna.» ¿No es esto excitarlos á que sean peores todavía? Diríase que la supersticion se complace en pervertir á los hombres: «El dogma insensato de una vida futura les impide ocuparse de su verdadera felicidad, pensar en perfeccionar sus instituciones, sus leyes y sus

(1) *Cartas á Eugenia*, en FRÉRET, t. I, p. 131-142.—*Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 298, nota.

costumbres.» Los incrédulos califican de insensato al dogma cristiano: la palabra es dura, pero es verdadera. ¿Qué se diría de unos hombres ocupados exclusivamente en una felicidad imaginaria, y que desatienden por este porvenir que no ha de realizarse nunca, porque es irrealizable, sus intereses actuales y hasta sus deberes? Esto es, sin embargo, lo que hacen los cristianos, cuando toman en serio su religion. ¿No es esto una locura? (1).

Como se ve, lo que principalmente choca á los libres pensadores en la moral cristiana, es que separa á los hombres de la sociedad para que Dios los ha creado. No quieren ya el cristianismo, porque es una religion del otro mundo, y los hombres destinados á vivir en la tierra necesitan una regla apropiada á su condicion. Por su parte los cristianos echan en cara á los incrédulos que no tienen en cuenta lo infinito en la existencia del hombre, y que no consideran más que la vida presente, como si con ella concluyese todo. Hay algo de error, pero hay tambien parte de verdad, tanto en la doctrina de los filósofos como en la creencia de los cristianos. Los filósofos se equivocaban al aprisionar al hombre en este mundo y al rechazar toda religion, como si toda religion separase al hombre de la vida real. Los cristianos se equivocaban al separar la vida actual de la vida futura, como si mediase un abismo entre ambas existencias, siendo así que en realidad se confunden, puesto que la una no es más que la continuacion de la otra. Poniéndose en este punto de vista, es posible conciliar el cristianismo y la filosofia. La vida presente no pone término á nuestros destinos; esta es la creencia del dogma cristiano; los filósofos la rechazan, porque la religion, dando una falsa idea de la vida futura, falsea tambien la vida presente. Pero si se admite que la vida futura y la vida presente no son mas que fases de una sola y misma existencia, los filósofos no tendrán ya objecion que presentar contra la inmortalidad del alma. En efecto, la religion dejará de ser una religion del otro mundo; la salvacion se alcanzará cumpliendo los deberes que Dios nos impone en esta vida; la moral dejará de ser una especulacion, porque los hombres no buscarán ya como término de su destino la felicidad, sino el desenvolvimiento de las facultades

(1) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 300-301.

tades de que Dios los ha dotado. Este es el único medio de acabar con la incredulidad y de conservar la religion.

#### § V. — Los apologistas de la religion y los libres pensadores.

##### I.

Un celoso protestante que escribia la historia de la incredulidad en la segunda mitad del siglo XVIII, dice que los ataques de los incrédulos han producido un gran bien; casi se felicita por ellos. ¿Cuál es ese bien tan grande? Que los defensores de la ortodoxia dieron á luz refutaciones tan sólidas, tan perentorias de la doctrina de los libres pensadores, demostraron tan bien su debilidad, que la religion cristiana recibió nueva fuerza y nuevo esplendor (1). ¡Qué ilusion tan poderosa la de los creyentes! La fe transporta las montañas, se dice. Es verdad; pero en sueños. En realidad las montañas se quedan donde estaban. La posteridad ha emitido muy diferente opinion acerca de los escritos de los apologistas. Apenas se digna nombrarlos la historia; sus nombres no son conocidos más que de unos pocos sabios; aún los que siguen siendo cristianos confiesan que ninguno de los defensores del cristianismo tuvo talla para luchar con los incrédulos. Donde hay una gran causa que sostener, nunca faltan hombres; si faltaron en el siglo pasado, es porque el cristianismo tradicional estaba en plena decadencia. Los apologistas que entraron en liza contra la incredulidad, lejos de fortificar la fe, destruyeron su autoridad; bastaría con sus apologías para comprender que la causa cuya defensa tomaban á su cargo no podía salir triunfante. Nada más natural. Los libres pensadores atacaban á la religion por medio de la razon. ¿Qué podían hacer los apologistas? ¿apelar á la razon contra la razon misma? Este medio estaba ya usado y era peligroso. Es obligar á la razon á creer, haciendo ver que por sí sola va á parar al escepticismo. Pero ¿qué importaba esto á los incrédulos? La duda

(1) LESS, *Neueste Geschichte des Unglaubens* (en WALCH, *Neueste Religions-Geschichte*, t. III, p. 375).